

UNIVERSIDADES Y PAZ*

HORACIO CERUTTI GULDBERG

Abrí esta serie de artículos preguntando si necesitaban defensa las universidades públicas. Respondí que sí, siempre y cuando fuera inteligente y por tal entendí no la defensa a ultranza, que oculta deficiencias, sino una defensa autocrítica. Nunca pensé que tan rápidamente habría que insistir en ella frente a una campaña de desprestigio, que, si nos descuidamos, afecta a toda la vida universitaria y a la educación como tal. No es, por cierto, la primera vez en nuestra historia que las instituciones educativas son vistas como peligrosas y enemigas por otros segmentos de la sociedad. Sin embargo, en tiempos de necesaria consolidación de la democracia como forma de vida y no exclusivamente como procedimiento de acceso al gobierno, es menester examinar con cuidado esta situación.

El síndrome de una universidad productora, por su misma naturaleza, de vagos, subversivos, rebeldes, inconformes, etc., ha sido llevado y traído en la región latinoamericana por lo menos desde los tiempos de los que podrían denominarse populismos históricos. Estos se caracterizaron, en alguna de sus facetas al menos, por propiciar un odio a la inteligencia que muy fácilmente se asoció a los gritos casi coetáneos de muera la inteligencia entonados con diferentes modulaciones por falangismos, fascismos y nazismos europeos. Aquí, en Nuestra América, sin embargo, este odio atizó la indignación, muchas veces legítima, de grandes masas de la pobla-

ción que veían a los universitarios como juniors privilegiados, ajenos a sus sufrimientos y necesidades. Por eso se gritaba en contra de los libros, de las teorías, de las discusiones, aparentemente interminables y a favor de las soluciones concretas, pragmáticas, supuestamente eficientes. Claro que esto iba acompañado de pugnas político-ideológicas más profundas. En algunas universidades había opositores a esos gobiernos populistas, que no ocultaban sus críticas ni mucho menos detenían su quehacer por modificar situaciones que consideraban intolerables. No siempre las críticas fueron atinadas, mucho menos eficaces y generalmente desenfocadas. Pero, aquellos tiempos acostumbraron a la opinión pública de algunos países de la región a aceptar que la vida universitaria estaba un poco al margen de la vida cotidiana, a visualizar a las universidades como normalmente conflictivas, a desconfiar todavía más de la inteligencia. Y aumentó proporcionalmente la suspicacia respecto de un quehacer poco sumiso. De ahí a lo que vino después, cuando en los sesentas las universidades se llenaron de discusiones y agitación por un subcontinente requerido de cambios y fueron inmediatamente acordonadas para impedir que el mal de la movilización crítica se extendiera al resto de la sociedad, hubo sólo un paso que se acompañó con la denigración de universidades exclusivamente politizadas y sin producción intelectual. Focos de subversión. Es cierto que hubo en ellas mucho de ideologización vacua y esterilizante de lo mejor del pensamiento crítico. Pero, también es cierto que sólo pensar la realidad se convirtió en mala palabra. El caso del jesuita español-salvadoreño Ignacio Ellacuría y sus compañeros es paradigmático. Se pasaron años insistiendo en la necesidad de la paz y criticando ácremente a tirios y troyanos en una guerra bloqueada. Los mataron, esparciendo sus sesos -¿símbolo de su pensamiento indoblegable?- y al poco tiempo tuvo que firmarse en

* Suplemento Universitas de Uno Más Uno. México, Febrero 15 de 1995.

Chapultepec la paz por la que tanto habían luchado. Y es que el pensamiento sobre la realidad se revela como muy peligroso para los interesados en mantener intereses, antes que satisfacer necesidades que incluyen justicia y libertad. Ellacuría era rector de una universidad privada, confesional y de élite. Sin embargo, pensó en la univproporciosidad con un sentido cívico, haciéndose cargo responsable y valientemente de la cosa pública. Así, sus palabras han quedado como legado a la posteridad, subrayadas si es que fuera necesario por el atentado de que fue objeto: "cualquier otra universidad del mundo puede saber más que nosotros sobre cualquier otra materia, pero no debe haber ninguna que conozca mejor que nosotros la realidad nacional de El Salvador".

Este es el punto y en esto, quizás sin saberlo. Ellacuría se incorporaba a una larga traición latinoamericana, según la cual conocer la realidad, atreverse a pensar en la realidad socio, histórico, política, en la cotidianidad, en la cultura, ha sido una labor constantemente urgente pero peligrosa y siempre estigmatizada por los poderosos de turno. En parte también ha tenido que ver con esto la satanización y marginación en que se tiene a las humanidades y las ciencias sociales. Por supuesto, su estatuto epistemológico no suficientemente definido o consolidado, especialmente si se toma como paradigma de cientificidad a las llamadas ciencias duras ha colaborado en la proliferación del rollo, de las inconsistencias, de las generalizaciones, etc. Pero, no se puede botar al niño con el agua sucia. Mejor dicho, se puede pero la pérdida es irreparable. Se corre el riesgo de ahogar la creatividad, de matar al pensar con el argumento de que es peligroso dudar, criticar, manifestar desacuerdos, romper falsas unanimidades, denunciar situaciones intolerables, buscar modelos alternativos. Se puede así, muy fácilmente, caer en una sociedad filici-da, la cual bloquea de modo no sólo asesino

sino suicida su propio enriquecimiento espiritual. No debe ser el caso y las universidades que asumen la función pública de la educación, de la investigación, de la crítica y autocrítica, deben estar muy atentas para colaborar en la búsqueda de una paz con justicia que permita la vida social y haga más fecunda la vida académica. En la búsqueda del diálogo, de la realización de la democracia integral, de la convivencia justa y digna, las universidades y los universitarios deben seguir sin claudicaciones en primera fila. Les va en ellos su propia condición.

El llamado a ejercer a plenitud esta labor se intensifica en tiempos de guerra, adquiera ésta las características que sean. Las de baja intensidad -otro nombre de la represión- causan daños que afectan luego por generaciones. Basta con mirar las universidades de los países centroamericanos, que han pasado recientemente por esas situaciones, para darse cuenta de los riesgos. Pero, también en tiempos de las tradicionales guerras de fronteras, declarada ahora entre Perú y Ecuador y en riesgo de desatarse en otras zonas del subcontinente. ¿No es demasiado sugestiva la coincidencia -nefasta a mi juicio- que en momentos de quiebre de un modelo político, económico, social y cultural agotado desde su gestación y cuando las soberanías están más socavadas que nunca en la historia reciente, resurjan estas guerras? Guerras distractoras de las verdaderas tareas urgentes, éstas sí convocantes de todo el conjunto de las poblaciones nacionales y latinoamericanas, para la búsqueda de alternativas pertinentes. Guerras de la desesperación de un modelo que no va. Guerras, las de baja intensidad y las tradicionales, testimonio de que tanto populistas a la criolla como neoliberales tecnocráticos desconfían de las grandes mayorías y desprecian la vida académica. Comparten la creencia ingenua de que si la realidad no se adapta a sus designios, peor para la realidad.